

DE PERROS

Yanira Silva



concurso
**Puros
Cuentos**
CChC Rancagua

cchc
CAMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCION

concurso
**Puros
Cuentos**
CChC Rancagua

La **Cámara Chilena de la Construcción**, no solo es una obra de Constructores, también es una institución que reconoce, fomenta y promueve la cultura, por ello desde el año 2012, al alero del Comité Red Social de la **CChC Rancagua**, crea el **Concurso de Cuentos “Puros Cuentos”** con el objetivo de buscar, desarrollar y exponer las habilidades narrativas tanto de los funcionarios y/o trabajadores de las empresas socias, como una manera de contribuir al desarrollo cultural y particularmente engrandecer el patrimonio literario de nuestra Región.

DE PERROS

Yanira Silva



Los ojos llorosos, la nariz húmeda, la lengua colgando a un lado del hocico que apeataba a la basura que había servido de almuerzo/ once/comida. Los niños corrían por la calle, persiguiendo un preciado volantín de color amarillo que surcaba libre el cielo despejado. Él, observaba con los ojos bien atentos y redondos como granos de uva madura. Veía a los más chicos tropezar y caer, limpiarse los mocos con la manga y seguir su loca carrera. Hace tiempo ya, él persiguió volantines con los niños y se enfrascó en poderosas peleas callejeras defendiendo su territorio, corría a gusto por la calle que daba al río y metía las cuatro patas al agua, para luego saciar la sed atroz que le secaba la lengua de perro.

Le habían puesto tantos nombres, desde los más obvios como el negro y el cholo, hasta los más rebuscados e incomprensibles, como ése que le causaba tanta curiosidad: Diablo, o “diaulo”, como diría el viejo de la carnicería que le convidaba sobras de carne asada los sábados en la tarde.

¡Cómo disfrutaba los días sábado!

Se levantaba cuando aún era noche, para ver llegar la camioneta de la casa grande, con su ruido y la polvareda que dejaba. Le encantaba mirar a los perros chicos perseguirla con ganas de morder esas ruedas locas que daban incontables vueltas, tentando a los dientes, provocando arrancarles un pedazo de una sola mordida. Él mismo había intentado por un tiempo alcanzarlas, pero cuando casi llegaba, cuando sentía el olor en la punta de la nariz, la camioneta se detenía, y la persecución antes tan tentadora, perdía todo su valor y el instinto se echaba a dormir, y luego, todo lo demás.



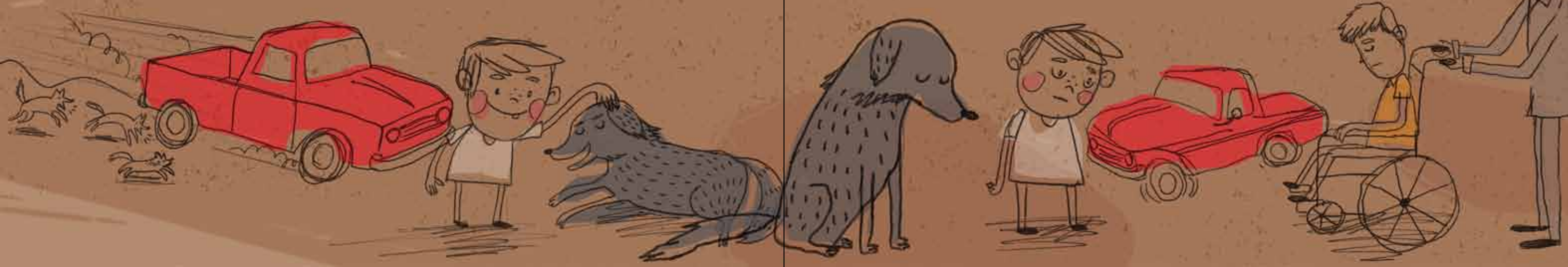
Siempre esperaba ese momento. Los chiquillos de la casa grande eran sus preferidos, bulliciosos como todos, pero cuando los veía a los ojos notaba un brillo especial, una tristeza escondida, como si una lágrima estuviera siempre a punto de brotar. Y cuando el más pequeñito le acariciaba la cabeza polvorienta, sentía en el estómago las mismas cosquillas que le causaban los mordiscos de sus hermanos cuando era cachorro. Por eso se despertaba temprano, no por las sobras que le tiraban por la puerta de atrás de la casa, sino por esa sensación perdida de familia que olfateaba en los chicuelos, por ese sonido estridente de risas que le recordaban su ya tan lejana juventud.

Pero hoy era diferente, los dos chiquillos que acostumbraban venir a bordo de la camioneta, siempre gritando y riendo, hoy estaban tan callados. El más pequeño puso los pies en el suelo y con la vista en tierra, caminó lentamente hacia la puerta de entrada de la hermosa casa, ni siquiera levantó la mirada para el saludo acostumbrado, para ponerle la mano en la cabeza y acariciar su negro pelaje. Simplemente se alejó y cerró tras sí la puerta, y él perro se quedó masticando un sabor amargo entre los dientes.

Un sonido extraño lo alertó, ruidos de fierros, mezclados con llanto de niño, una voz desgarradora que suplicaba no bajar del automóvil. El perro corrió de un lado a otro, dando vueltas dementes porque el ruido lo inquietaba en sobremanera, cuando vio al padre de los niños sacando en brazos al hijo mayor. Los brazos del niño envolviendo desesperados el cuello del hombre, el rostro escondido en el pecho de su padre “no quiero papá”, “no me obligues a usarla”... El perro inmóvil observó la escena por largos minutos, hasta que desde la camioneta bajaron el artefacto más raro que había visto.

El padre sentó al pequeño en esa especie de sillón metálico y comenzó a empujarlo hasta la casa. El perro tuvo la intención de acercarse para secar las lágrimas de su amigo de un lengüetazo, pero algo en su interior lo detuvo y comenzó a retroceder, al tiempo que el llanto del niño se perdía en el interior de la casa.

Entre los árboles del jardín trasero, había comido, casi sin ganas, la fuente llena de huesos que la mujer de la cocina le había dejado. Dormía a ratos y despertaba sobresaltado por el recuerdo del chicuelo en esa silla extraña.



Dió algunas vueltas por los jardines, esperando ver a los niños jugar, pero todo intento fue infructuoso, lo único que se veía eran los árboles que bailaban burlescos al son del viento primaveral. Se escuchaban los pájaros, y hasta la campana de la iglesia en la plaza, mas lo que el perro deseaba oír, eran las risas de niño, y éstas, no llegaron en todo el día.

El sueño venció hasta su inquietud y cuando los rayos de sol le alumbraron la cara, se dio cuenta de que se había dormido en el jardín de la casa grande. Un palo en el lomo le dejó ver que no era bienvenido y entre los gritos del portero y los golpes en la espalda se incorporó para salir corriendo, cuando una voz chiquita pero firme a la vez, los detuvo a él y al verdugo que lo castigaba.

-“¡Déjalo!, es mi perro”.

Nunca había visto al pequeñito tan enojado. La cara colorada, los ojos ardiendo y la manito empuñada como si quisiera devolver a aquél hombre un poco de su violencia con un buen puñetazo en la boca.

-“Su papá no quiere a estos vagos en la casa”

Contestó el malhumorado portero

-“¡Él no es un vago, es mi perro, te dije!”

Tal fue la convicción del niño, que el hombre se quedó de pie junto a la puerta sin poder articular palabra, mientras niño y perro se alejaron por el camino polvoriento en dirección al río.

- “Lamento los golpes, ¿te duele mucho?”



La mano en el lomo del perro se sentía como la hierba fresca que crece a orillas del camino, donde se rascaba las pulgas en el verano.

- “Las personas no pueden comprender a un perro, pero yo sé por qué te quedaste ¿Estás preocupado, verdad?”

Hubiera querido hablar como hombre en ese instante, y responder con mil preguntas, pero toda esa inquietud se le fue a los ojos negros que brillaron con intensidad.

- “Mi hermano ya no puede caminar, un caballo lo botó. Por eso ahora tiene que usar una silla de ruedas. Duerme a ratos y cuando despierta lo único que hace es llorar. ¿Imaginas lo que sería no poder correr nunca más?”

El corazón del perro retumbaba al oír el relato del pequeño. Su mente salvaje simplemente no podía imaginar una vida en que las patas murieran antes que el resto del cuerpo, una vida negra, echado en un rincón sin poder sentir el viento en la cara, sin correr, sin perseguir a los pájaros, sin respirar libertad.

- “No, amigo mío, no lo puedo imaginar”, pensó.

La mañana pasó rápido y el sol sobre las cabezas indicaba que ya era hora de volver. El niño caminó presuroso hacia su casa y el perro lo acompañó hasta donde la mirada inquisitiva del portero se lo permitió.

- “En la tarde, junto al roble”- susurró el pequeño y se metió rapidito a la casa por la puerta grande.



No conocía bien estos sentimientos, un vacío doloroso como el hambre, pero más frío. Una sensación tan desagradable que le impedía disfrutar la sombra, la brisa y hasta la comida. Se sentía enfermo, pero no le dolía nada. Ni los aullidos lograban calmar la angustia que le llenaba la barriga y el pecho. “Sin caminar”, pensaba, “sin correr a orillas del río”. Nunca le había temido a nada, no conocía el miedo. Siempre había sido respetado y temido por los otros perros, nadie se metía en su territorio una sola mirada, un gruñido y cualquier osado aprendiz, retrocedía cola agacha dejando en claro que él era el líder, nunca gustó de andar acompañado. La única manada que conoció fue la que conformaban su madre y sus cuatro hermanos. Tal vez por eso era tan lejano y frío, excepto, claro está, con los niños de la casa grande, esos de la mirada profunda y azul, los de la tristeza, que como él mismo, llevaban escondida, seguramente porque el mismo día en que su madre comió pan con vidrio, el auto blanco que conducía la madre de los chicuelos cayó cerro abajo, ese día nublado que dejó a los tres, perro y niños, con la soledad marcada en sus almas de cachorros.



Un silbido lejano lo alertó. Las orejas arriba, la nariz olfateaba algo conocido, divisó a su pequeño amigo entre los árboles y se puso en pie moviendo la cola en señal de alegría. Corretearon felices, como en los viejos tiempos, pero de pronto el pequeño se detuvo y mirándolo de frente le dijo:

- “Te voy a llevar a ver a mi hermano”.

El perro dobló la cabeza como preguntando, pero a la señal del niño salió corriendo tras de él y se metieron a la casa por la puerta de la cocina, esa misma que se abría de noche para que la cocinera le tirara unas cuantas sobras.

Entraron sigilosos, y subieron las escaleras hasta una puerta blanca que dejaba escapar un hilo de luz dorada. Al asomarse, vio al muchacho tendido en la cama boca arriba, tan quieto como los gatos que se acuestan en los techos a tomar el sol.

- “Tienes visita”- dijo el pequeño

El muchacho giró la cabeza y entonces el perro vio unos ojos gastados y rojos, casi no reconoció a su amigo y quiso dar marcha atrás.

- “Ya no me recuerdas?”

La voz del muchacho hizo eco en su interior y sin pensar, sólo por instinto saltó sobre la cama para entregarle todo ese cariño contenido durante tanto tiempo, el muchacho lo abrazó e inmediatamente el perro se sintió mejor, la sensación de vacío se había ido como si todo hubiese vuelto a la normalidad. Pero no era así. El niño trató de incorporarse y el cuerpo simplemente, no respondió.

- “Ves amigo? Ni siquiera puedo sentarme en la cama para jugar contigo! Mi vida es una desgracia, jamás podré jugar otra vez”.

El perro quedó inmóvil olfateando en el aire el dolor y la desesperación.





Los días siguientes fueron iguales. Tarde tras tarde el perro y los dos niños se reunían a escondidas en el dormitorio del mayor. Hasta que la sorpresa llegó. El primer día del verano, al asomar la cabeza por entre la reja del jardín delantero, el perro encontró a sus queridos amigos en la puerta de la casa. El más pequeño de pie junto a su hermano sentado en la silla extraña.

- “Te esperábamos”.

Los días transcurrieron. Hasta convertirse en semanas. Perro y niños pasearon a orillas del río, miraron los árboles florecer y dar frutos, a las personas deambular por las calles, vieron las nubes moverse con el viento y el cielo rojizo de los atardeceres convertirse en noches oscuras y de luna. Y un día, casi al final del verano, el mayor de los chiquillos tomó una decisión que dejaría a los otros dos con una mezcla de sorpresa, preocupación y alegría:

- “Quiero volver a caminar. Y lo lograré”.

- “No me miren así, de verdad siento que puedo hacerlo, pero con su ayuda”.

El hermano le estrechó fuertemente la mano y le dijo:

- “Yo te ayudaré”.

Y claramente el perro no podía ser menos. Así que un fuerte ladrido sonó en señal de asentimiento, mientras saltaba de júbilo junto a la silla de ruedas.

Desde ese día, ya no salían de la casa. Se quedaban en el dormitorio improvisando terapias y ejercicios que ayudaran al muchacho a moverse, y él por fin, aceptó acudir a los controles médicos que había dejado por su falta de esperanza.

El perro, por su parte le animaba con la mirada, le ladraba, despacito para que nadie escuchara en la casa, no fuera a ser cosa que lo sacaran de allí! Entonces quién lamería la cara del niño cuando estuviera cansado, quién le daría aliento cuando quería rendirse.

No, él debía permanecer ahí, aunque ya sus fuerzas de perro viejo lo estaban abandonando y a veces, por la mañana no sentía el mismo ánimo para levantarse cuando el cuerpo maltratado le pesaba sobre las patas enflaquecidas. Sin embargo, la vívida imagen de su amigo en pie caminando por los campos reverdecidos de la primavera, lo alentaban a sacar fuerzas de su interior y llegar a la cita diaria.



El verano pasó rápido, el otoño con sus hojas amarillentas voló por encima de los techos envejecidos y el invierno feroz asoló al pueblo otra vez. El frío volvía al perro tan indefenso que ni siquiera era capaz ya de levantarse. Por eso los chicuelos idearon la forma de meter al sabueso al viejo cuarto de herramientas que el padre había dejado hace años, justo después que su esposa murió. Allí acomodaron unas frazadas un plato para el agua y otro para la comida. Nunca el animal había vivido al interior de una casa. Todo cuanto conocía por hogar era el portón de la iglesia que tenía un techito pequeño, suficiente para protegerse de la lluvia en el invierno y del terrible sol del verano, y esa imagen tan parecida a un hogar y a familia le pareció interesante pero borrosa, como si ya una vez la hubiera vivido, como si antes la panza hubiera estado llenita y las patas calientes, si había ocurrido así, su mente ya no alcanzaba a recordarlo, había sido hace mucho ya.



La terapia y la medicina rindieron sus frutos. Ya el muchacho lograba sostenerse sobre las piernas, pero aún no conseguía caminar.

El perro observaba con detenimiento cada gesto, olía en el aire con cuidado para no perderse de nada. Si el niño caía, ahí estaba él para levantarlo, si lloraba, entonces él se le apegaba y enjugaba sus lágrimas con la lengua áspera y rugosa.

Una mañana, los rayos del sol se calaron por entre las rendijas del improvisado hogar del perro y le dieron justo en la negra cara molestando los ojos e impidiendo seguir su sueño profundo. Levantó la cabeza y vio que la primavera había cubierto todo el jardín de flores coloridas y pasto húmedo, ah cómo adoraba ese olor a tierra mojada. De inmediato pensó en levantarse, pero las patas permanecían quietas, como asustadas de tanta belleza. Intentó de nuevo, y el corazón de perro agitado parecía escaparse del pecho. De pronto, los gritos, las risas. Oía una orquesta de sonidos lejanos que le llamaban a salir de ahí y correr por el jardín a ver qué pasaba. Pero el cuerpo pesado ya no respondía.

De pronto recordó las palabras del pequeño junto al río.

- “Imaginas la vida sin poder correr nunca más?”

Un hielo le recorrió el lomo. No podía ser, acaso terminaría así? Sin poder siquiera pararse en sus patas y caminar hacia el lugar en que su madre le esperaba?





La puerta se abrió violenta, y la imagen que vio le pareció como un sueño. El muchacho en pie se dirigía hacia él solo apoyado en unas muletas. La visión le hizo olvidar cualquier otra cosa en su mente, hasta olvidó que segundos atrás no podía moverse y con el último aliento en su pecho se incorporó en sus patas de viejo y corrió al encuentro de su amigo. El muchacho cayó en tierra y se quedaron los dos fundidos en un abrazo tan tibio que al animal le pareció olfatear otra vez a sus hermanos y oír la voz de su madre llamarlo desde lejos. Entonces comprendió. Era necesario partir. Él siempre tuvo patas fuertes para correr por los cerros y a orillas del río, hoy su amigo necesitaba esa fuerza y él le daría este regalo antes de irse.

Apoyó la cabeza en las piernas del niño y así, entre sus brazos sintió otra vez la brisa fresca, que se llevó con ella, su último latido de perro.

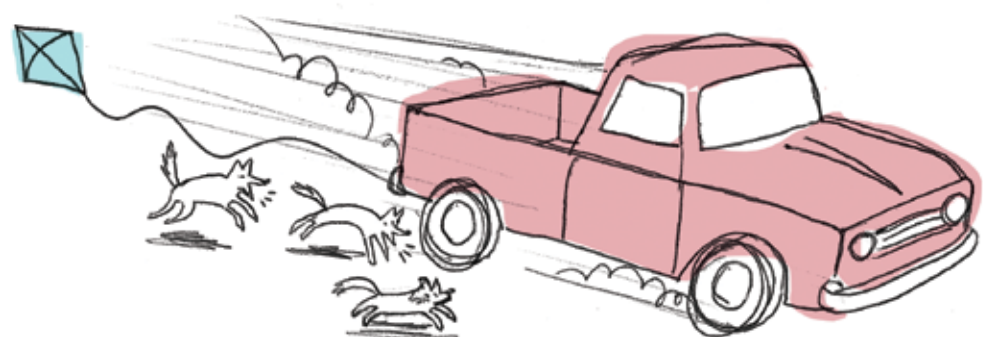


Primera Edición_ Diciembre 2013

Diseño_ dioslascría / www.dioslascría.cl

Ilustraciones_ Nicolás Lanio

Impresión_ Spencer Gráfica



Primer lugar 2013

“De Perros” de Yanira Silva

Yanira Silva Bravo, nació en Rancagua en el año 1977 y desde muy joven demostró su interés por las letras. Creció admirando la obra de los chilenos Manuel Rojas y Pedro Lemebel, a quienes debe los más hermosos recuerdos de una niñez en que escuchaba a su padre leerle cuentos y crónicas.

Ha escrito cuentos cortos, movida principalmente, por el interés de transmitir su amor por la literatura a sus hijos: primero a Diego y luego a Isidora, para quien escribió “De perros”, obra llena de ternura, compasión y de amistad sin límites.

Actualmente estudia Administración de Empresas y sigue disfrutando de los libros, además acrecienta su acervo cultural, pintando y haciendo música, ya que el arte es, sin duda, el motor de su vida.

concurso

**Puros
Cuentos**

CChC Rancagua